Lepanto, gana victorias y países para su hermano, pero no puede ganar para sí un quilate de cariño en su corazon. Felipe II no consentia verse eclipsado por nadie, ni en poder, ni en gloria, ni en laboriosidad siquiera.

No era impasible, pero lo parecia en las ocasiones en que es mas difícil reprimir los sentimientos y las afecciones humanas. Cuando el de Alba le participó la ejecucion de los ilustres condes de Horn y de Egmont, contestóle diciendo: «Puesto que ha sido indispensable el castigo, no hay sino encomendarlos á Dios.» Y como implorase su piedad hácia la virtuosa viuda de Egmont y sus once hijos, que quedaban en la mas espantosa miseria y desamparo: «Sobre esto, le dijo, ya proveeré y os avisaré de ello.» No le corria prisa hacer el bien que le pedia con urgencia el hombre que pasaba por el mas duro de su tiempo, y el de Alba debió conocer que habia otro en cuyo cotejo podia pasar por blando de corazon. La noticia del desastre de la Invencible armada no le demudó el rostro, y se limitó á decir que habia enviado la escuadra á luchar con los hombres y no con los elementos. Y la del glorioso triunfo de Lepanto no hizo asomar á los reales labios una ligera sonrisa. La recibió rezando, calló, y continuó su oracion. Hasta que esta fué acabada no mandó entonar el *Te Deum:* nadie sabia por qué.

Todos sus actos llevaban el sello del misterio y de la tenebrosidad. Montigny, el príncipe de Orange, Escobedo, Antonio Perez y el príncipe Cárlos, son arcanos que se traslucen hoy, pero que no se revelan. ¿Serán perpetuamente enigmas algunos de ellos? ¿Lo será la prision misteriosa del príncipe, objeto de tantas curiosas investigaciones, inclusas las nuestras? Poseemos la copia de un codicilo en que mandó fuesen quemados sin ser leidos los papeles tocantes á negocios terminados, y especialmente de difuntos. ¿Será improbable que se hallaran entre ellos los que han buscado con tanto afan biógrafos, críticos é historiadores? Sea lo que quiera, creemos que hubiera podido ser Felipe el mejor inquisidor y el mejor jesuita, como el mas diestro embajador y el mas astuto ministro. Era rey, y lo reunia todo.

Mas donde ha quedado perpetuamente esculpido su genio es en esa colosal maravilla que se levanta majestuosa y severa al pié de una cadena de cenicientas montañas que parece hundirse como los despojos de un mundo calcinado. Todo en el Escorial respira grandeza, y todo en él inspira austeridad y devocion. Diríase que era la fortaleza en que habia querido encastillarse una edad para pasar el invierno de las revoluciones que el viento norte presagiaba. «¿Cómo habia de traspasar, dice un filósofo, una sola idea del mundo moderno aquellos muros de granito de aspecto egipcio, aquellos castillejos, aquellos claustros, aquellas bastillas y aquellos palacios circundados de celdas?» Dedicóle á San Lorenzo en conmemoracion del dia en que se ganó la famosa batalla de San Quintin, y quiso que el edificio representara la forma de las parrillas en que fué quemado el Santo: singularidad que ha dado ocasion á algunos para buscar analogías entre aquella especie de martirio y las hogueras tantas veces encendidas en el reinado del fundador. Hízolo á un tiempo para vivienda de monjes y para alcázar de reyes: y la cámara régia al lado de la celda prioral, la corona junto á la coguila, y el trono de España bajo el mismo techo que la regla de San Jerónimo, representan el gusto del monarca y el espíritu de la época.

Pero el reinado de Felipe fué todo español. A diferencia del de Cárlos, ni en su consejo ni en su corte predominaban extranjeros. Si Cárlos V hubiera subyugado la Europa, la hubiera hecho alemana: si la hubiera dominado Felipe II, la hubiera hecho española. Aun sin haberla vencido, la superioridad de su política y la superioridad de nuestra literatura, difundieron por Europa la lengua, las costumbres y las modas de España, y el gusto español preponderaba en los salones diplomáticos, en los teatros, en los libros y en los trajes. Paris mismo se asemejaba á Madrid, y tomaba de los españoles hasta las extravagancias que les habia de devolver despues; porque un siglo antes que Luis XIV pudiera llamar á Madrid *la corte francesa de España*, habia llamado Felipe II á la corte de Francia *mi bella ciudad de Paris.*

Los españoles, avezados ya á las largas expediciones militares en que recogian gloriosos triunfos, sinceramente religiosos como su rey, y acostumbrados por mas de siete siglos á mirar á los enemigos de su culto como enemigos tambien de su independencia, servian gustosamente de instrumentos á las empresas de su monarca, y fueron como en tiempo del emperador, á pelear en Francia, en Inglaterra, en Flandes, en Italia, en Portugal y en los mares, contra moros, contra turcos, contra herejes y contra cristianos-católicos, y la política española intervino en todos los negocios de Europa. Ganáronse muchos laureles para recoger despues muchas espinas.

La política de Felipe con los Países-Bajos produjo una lucha sangrienta que convirtió aquellas florecientes provincias en un vasto campo de carnicería, y consumió á España su dinero y sus hombres. Para España fué una fatalidad, y para Flandes una providencial expiacion. Medio siglo hacia que habia venido aquí un príncipe flamenco, cuyos primeros pasos fueron extraer nuestras riquezas, dar á flamencos los mas altos puestos del estado y ahogar nuestras libertades. Al cabo de cincuenta años un monarca español, hijo de aquel, trata á Flandes como á país de conquista, confiere los primeros cargos á españoles, y prueba á establecer allí la Inquisicion española. Los flamencos se irritan y se levantan, como aquí se irritaron y levantaron los castellanos. Allí se firmó el *Compromiso de Breda*, como aquí se formó la *Junta de Avila.* Allí perecieron en un patíbulo los condes de Horn y de Egmont, como aquí habian perecido Padilla y Bravo. En Castilla fué incendiada Medina, y allí fueron profanadas y saqueadas mas de cuatrocientas iglesias en Flandes y Brabante. La expiacion fué terrible, pero no nos regocijamos de ella. Porque despues de infinitos desastres y de infinitos horrores ejecutados por españoles y por orangistas, y despues de gastados generales y tesoros, el resultado fué constituirse la república libre de las Provincias Unidas allí donde Felipe quiso establecer un imprudente despotismo, y producir una guerra larga y desastrosa que habia de terminar por la pérdida de aquellos ricos países.

El afan y los esfuerzos de treinta y ocho años por dominar en Francia y colocar en aquel trono á la infanta su hija costó muchos miles de hombres y treinta millones de ducados, para venir á someterse al célebre tratado de Vervins en que reconoció á Enrique IV, y se obligó á restituirle todas sus conquistas. Sacamos de allí los triunfos de San Quintin y de Gravelinas, y el placer de haber guarnecido algun tiempo á Paris tropas españolas.

Mientras Felipe suscitaba enemigos á Isabel de Inglaterra y protegia á María Stuard de Escocia, el Drake depredaba las colonias españolas de América, y los piratas ingleses apresaban nuestros buques y se llevaban las flotas de oro. El desastre de la Invencible armada fué una pérdida irreparable para España, que dejó desde entonces de ser la señora de los mares. Subió de punto el poder marítimo de la Gran Bretaña y una vez se atrevieron los ingleses á penetrar en Cádiz, y se llevaron hasta las campanas de las iglesias y las rejas de las casas. Juró Felipe vengar el ultraje, pero otra vez dispersó la armada española una tempestad. Data de aquel tiempo la decadencia de nuestra marina.

No fué mas feliz en el proyecto de enseñorear el Báltico y de extender su influencia á los estados escandínavos. Frustráronse sus costosos intentos por la repentina conversion de Juan de Suecia en sentido inverso á la de Enrique IV de Francia.

La mayor gloria militar que alcanzaron las armas españolas en aquel tiempo fué la memorable victoria de Lepanto, que celebró con trasportes de júbilo toda la cristiandad, y el mas rudo golpe que pudo darse al poder entonces inmenso de la Media-luna. Pero dióse tiempo á los turcos para rehacerse, y al año siguiente pudo el sultan hacer salir del puerto de Constantinopla una nueva escuadra de doscientos cincuenta navíos. Al cabo vinieron á ajustarse treguas con el turco; mezquino resultado, que ni correspondió á los esfuerzos que costara á la nacion ni á los triunfos que habia sabido alcanzar el ilustre bastardo de Cárlos V.

Con la conquista de Portugal se realizó por primera vez la completa unidad de la Península ibérica; y así como Suintila fué el primer soberano godo que pudo llamarse sin contradiccion rey de la España entera, así Felipe II fué el primer soberano de la edad moderna que pudo llamarse con verdad rey de toda España, pues no habia ya una sola pulgada de territorio desde Gibraltar á los Pirineos que no fuese del dominio del monarca español, y por primera vez al cabo de cerca de nueve siglos recobró España los límites naturales que le señalaba su geografía. Agregáronsele las inmensas y riquísimas colonias que los portugueses poseian en Africa, en América y en las Indias. ¡Cuán poco habian de durar aquellas importantes adquisiciones! En vez de un gobierno prudente, conciliador y benéfico, que hiciera olvidar á los portugueses su humillacion é identificarse gustosos á la gran familia española, la dura política de Felipe ofende su nacional orgullo, mantiene vivo el sentimiento de su independencia, y espiando la primera ocasion de sacudir el yugo español, España verá con dolor desprenderse otra vez ese rico floron de su corona antes de extinguirse la dinastía austriaca.

Llegó, pues, la España en el reinado de Felipe II al apogeo de su material grandeza. Era un imperio que se derramaba por todo el globo. En medio de muchos reveses y de muchas empresas malogradas, se habian ganado glorias militares sin cuento. El nombre español era un nombre universal. ¿Podrian conservarse á tal altura el nombre y el imperio? Tales adquisiciones, tantas expediciones y guerras no se habian hecho sin imponer á la nacion sacrificios inmensos, sacrificios insoportables. Habíanse consumido los tesoros del reino y los tesoros del Nuevo Mundo por el loco empeño de conservar países apartados, que sobre constituir un gravísimo y perpetuo censo para España, fuera demencia prometerse jamás de ellos una incorporacion sincera y provechosa. El temerario afan de Felipe de someter la Europa á su conciencia y á su cetro, nos atrajo su enemistad sin lograr ningun fruto: y mientras en el interior el fatídico fuego de las hogueras del Santo Oficio ahogaba la vida política de la nacion, y se malograban los muchos elementos de prosperidad que habian sembrado los reyes Católicos, en el exterior se gastaba su vitalidad material en el intento de sujetar pueblos que no nos habian de servir y que habíamos de perder. Dejó, pues, Felipe II á sus sucesores una España gigante, pero gigante extenuado y por muchos lados vulnerable, y aquel aparente engrandecimiento encerraba el gérmen de la decadencia que apuntaba, y preparó cerca de dos siglos de calamidades y humillaciones. Volvamos la vista á otro cuadro mas halagüeño.

Felizmente este mismo siglo de batallas y de sacrificios humanos es el siglo de las artes, es el siglo de oro de la literatura española, de que habia sido preludio el reinado de los reyes Católicos. Las guerras de Cárlos V han puesto á los ingenios españoles en relaciones íntimas y frecuente trato con los que ya brillaban en la culta Italia. Aquellos palacios que decoraban las obras maestras de Leonardo Vinci, de Miguel Angel, de Rafael, de Ticiano y de Corregio, los estudios y talleres de aquellos insignes artistas, son otros tantos tesoros de que se aprovechan los pintores, arquitectos y escultores de España para formar su gusto, enriquecerse de conocimientos, traerlos despues á su patria, y fundar mas adelante escuelas propias, que comienzan por serlo de imitacion y acaban por producir una vigorosa originalidad. Dos veces en el trascurso de los tiempos ha prestado tambien esa bella Italia á los genios españoles modelos literarios que imitar y escuelas en que aprender: la Italia de Augusto, y la Italia de Leon X, el Augusto sagrado del siglo XVI. Y ambas veces la España se ha emancipado pronto de su maestra, creándose una literatura nacional independiente y propia, que habia de trasmitir luego á otros pueblos.

La poesía lírica y la dramática, la ligera sátira y la grave epopeya, la novela y la historia, el género didáctico, el místico y el festivo, todos los géneros, todos los estilos y todas las formas literarias tuvieron en el siglo XVI dignos intérpretes que al cabo de trescientos años sirven todavía de modelos. Muchas lumbreras derramaron la luz de las letras por el horizonte español. Es el siglo de Garcilaso, de Rueda, de Ercilla, de Herrera, de los Luises de Granada y de Leon, de Mendoza, de Zurita, de Arias Montano, de Santa Teresa, de Lope de Vega, de Mariana y de Cervantes. Y tal impulso recibe la literatura española en los reinados de Cárlos V y de Felipe II, que la veremos avanzar todavía majestuosa y rica por los reinados de los siguientes Felipes, conducida por Rioja y Calderon de la Barca, sirviendo de tipo á las demás naciones, hasta que comenzando á caer en manos del culteranismo con Góngora y Quevedo, degenerando de corrupcion en corrupcion, llegue á una anticipada decadencia y á una prematura decrepitud como la monarquía.

Incomprensible parece este desarrollo intelectual en un pueblo comprimido por la Inquisicion y en medio del ruido de las armas y del estruendo de la pelea. Pero el Santo Oficio ejercia sus rigores sobre los libros de teología, de filosofía ó de derecho, que pudieran atacar ó lastimar las doctrinas del mas puro catolicismo, tal como entonces los inquisidores y el monarca lo entendian. Inexorable en estas materias, pocos hombres distinguidos por su saber pudieron librarse de las persecuciones de aquel terrible tribunal. En cambio la poesía, terreno neutral y ajeno por su índole á las cuestiones teológicas y filosóficas, podia tomar todo el vuelo que quisiera, y monarcas é inquisidores eran indulgentísimos para las licencias de la imaginacion, excepto en lo que tocara á asuntos religiosos. Complacíales por el contrario que los poetas se entretuvieran en cantar los amores tiernos de los pastores y los dulces desdenes de las esquivas zagalas. No pudiendo España producir filósofos, se indemnizó en producir abundancia de poetas. El Parnaso era el campo mas libre, y refugiándose á él las inteligencias independientes de los españoles, hicieron la poesía una especie de soberana de la literatura.

Ni es menos sorprendente que tantos ingenios cultivaran las letras en medio de la agitacion de las batallas, enemigas al parecer de los sentimientos tiernos y de los estudios tranquilos. Parecia que del choque de las lanzas y de los escudos salian chispas de inspiracion para aquellos ingenios guerreros. Es admirable el número de soldados escritores que en el siglo XVI y aun antes de él produjo la España. El cronista Perez de Guzman se encontró como soldado en el combate de la Higuera: Lope de Ayala es hecho prisionero en las batallas de Nájera y de Aljubarrota, y escribe los sucesos en que ha tomado parte: Jorge Manrique manda expediciones militares, combate en Calatrava y en el sitio de Velez, y hace tiernas elegías: Bernal Diaz del Castillo acompaña á Cortés á Méjico, se encuentra en ciento diez y nueve batallas, y el soldado batallador escribe la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España:* Boscan pelea por su país, y aclimata en la poesía castellana los endecasílabos italianos: Hurtado de Mendoza, general y embajador de Cárlos V, hace versos y novelas picarescas, y escribe con docta pluma la historia de la última guerra de Granada: Garcilaso acompaña como militar á Cárlos V en sus principales expediciones, se encuentra en la defensa de Viena, en la toma de la Goleta y de Túnez, y el dulce cantor de Salicio y Nemoroso muere de una herida que recibe al asaltar una plaza: Lope de Vega lleva el arcabuz y sirve como soldado en la Invencible armada, y escribe tantas comedias que nadie las ha podido contar todavía: Ercilla combate á los indios bravos de Arauco, y combatiendo escribe *La Araucana:* Cervantes se distingue como guerrero en la batalla de Lepanto, y el mutilado en la guerra y el cautivo de Argel escribe comedias y novelas originales, y asombra al mundo con su *Quijote.* No se podia decir aquí aquello de: *musæ silent inter arma;* pues en este país singular las musas cantaban dulcemente entre el ronco estampido del cañon y el áspero crujir de las espadas y rodelas.

La historia literaria de España en aquellos siglos represéntanos los tres períodos de un largo dia. El crepúsculo matinal que vimos apuntando en los siglos XI y XII, va siempre derramando mas luz hasta el XV, para alumbrar en pleno dia en el XVI y entrar en el crepúsculo de declinacion en el XVII. Diéranos mayor pena el ver llegar la tarde de este dia, si no supiésemos que las letras, como el sol, vuelven despues de haberse marchado á alumbrar otros hemisferios, y que si desaparecen de nuestro horizonte para ir á comunicar su luz á otras regiones de Europa, volverán á iluminarle á fines del siglo XVIII para bañarle en el XIX con un nuevo resplandor, de que sentimos no participar de lleno, pero que espera-

mos alcanzará el siglo, que ha de vivir mas que nosotros. Así las naciones y las sociedades se comunican recíprocamente sus luces, y así es necesario para el progreso perfectivo de la vida universal de la humanidad, uno de nuestros principios históricos.

XIII

A la independiente actividad de Felipe II sucede la sumisa indolencia de Felipe III, y el hombre á quien no habia podido dominar nadie es reemplazado por un hijo que ni piensa, ni obra, ni gobierna sino por la voluntad de un favorito, á cuya firma ha dado el rey igual autoridad que á la suya propia. El privado es el árbitro de los empleos públicos, el repartidor de las fortunas, y su fausto eclipsa, oscurece el del monarca. A ejemplo del duque de Lerma, la nobleza abatida en los anteriores reinados abandona sus antiguos castillos y acude á ostentar sus galas en la corte. Palacios suntuosos, gran tren de carrozas, muchedumbre de mayordomos, capellanes, palafreneros, pajes y entretenidos, todo boato les parecia poco á aquellos nuevos ricos-hombres, que hacian venir tapices de Bruselas, linos de Holanda, telas de Florencia, gorros de Lombardía, capas de Inglaterra y calzado de Alemania. Dejábanse arrastrar del mismo impulso las clases medias, y á todos alcanzaba el contagio. ¿Correspondia la prosperidad del Estado al brillo de la corte?

Abrumados de impuestos los labradores, dejaban el cultivo y emigraban á la aventura, allí donde creian poder proporcionarse algun medio de vivir; provincias enteras se convertian en áridos yermos, y el viajero andaba muchas leguas sin encontrar una casa habitada ni un campo labrado. «Si este mal continúa, le decian al rey las Córtes de Madrid, pronto faltarán paisanos que labren los campos, pilotos que dirijan las naves..... es imposible que dure el reino un siglo si no se pone un remedio eficaz.»—«Las casas se desploman, le decia el Consejo á su vez, y nadie las reconstruye; las aldeas quedan abandonadas, los campos incultos.....»

El Consejo proponia remedios. Que se moderen los tributos; que se limite el número de religiosos de ambos sexos; que se refrene el lujo y se ponga tasa á los trajes; que comience el soberano dando ejemplo por el arreglo de su casa, «pues el número de criados, le decia, y las raciones que consumen son dos terceras partes mas que en tiempo de vuestro augusto padre el Sr. D. Felipe II, cosa que merece que V. M. lo considere con reflexion y haga conciencia de ello.» Los remedios quedaron escritos.

No habia rentas, pero habia lujo: los labradores perecian, pero los grandes comian en vajilla de oro: moria la industria, pero se erigian monasterios: las aldeas se despoblaban, pero los conventos rebosaban de habitadores.

Y no por eso se renunciaba al sistema de guerra exterior de los anteriores reinados. Nuestros ejércitos eran enviados como antes á pelear en todos los países de Europa, y nuestros marinos cruzaban todos los mares. Los arranques eran los mismos, pero las fuerzas no podian corresponder á los ánimos. Imponíanse al gigante enflaquecido los mismos esfuerzos que en los dias de su virilidad y robustez. ¿Dónde estaban los recursos para alimentar á los soldados que batallaban? Las flotas de la India llegaban con dificultad, y dábase gracias de ver arribar algun galeon que no hubieran apresado los corsarios ingleses ú holandeses. Las que llegaban estaban anticipadamente empeñadas, é invertíanse en sostener el fausto de la corte. Un general salia por fiador del gobierno, y empeñando sus alhajas particulares lograba que los comerciantes de Cádiz le prestaran algunas sumas para ir manteniendo sus tropas. Subíanse los impuestos, pero era pedir jugo á un tronco seco y aridecido. El cuerpo social perecia de extenuacion, y le desangraban para darle vitalidad. Quísose convertir en moneda la plata de los templos, pero se opuso el clero, y faltóle fuerza al gobierno para hacerse obedecer. Se recurrió á la alteracion de la moneda, y doblándose el valor del vellon se dobló el precio de las mercancías. Se inundó el reino de moneda de cobre adulterada, y desapareció la plata y el oro. Tal era la ciencia del gobierno del duque de Lerma.

La irreflexiva expedicion á Irlanda costó una derrota y un bochorno. Y de la muerte de Isabel de Inglaterra, astuta y decidida protectora de los enemigos de España y del catolicismo, no se sacó mas partido que un tratado de paz, que algunos años antes hubiera parecido vergonzoso, y que entonces se celebró en Madrid con regocijo.

Flandes continuaba siendo cementerio de hombres y sima de tesoros. La toma de Ostende fué gloriosa, pero costó cerca de tres años de sitio y cincuenta mil soldados. Entre tanto el de Nassau nos tomó otras plazas. La famosa tregua de doce años empezó á poner de manifiesto á los ojos de Europa la flaqueza y decadencia de España.

Pudo, no obstante, esta misma situacion haber redundado en bien de la monarquía, si esta hubiera estado dirigida por mas hábiles manos. En paz con Inglaterra y Holanda, garantida la de Francia por el doble matrimonio de los príncipes y princesas de ambas naciones, pudo el gobierno español, con un desahogo que no habia disfrutado en cerca de un siglo, dedicarse á restañar las profundas heridas que en el corazon del país habian abierto las dilapidaciones de dentro y los dispendios de fuera. Pero estos fueron los momentos que escogió el monarca, aconsejado por dos arzobispos, para descargar sobre él un golpe fatal. Expidióse el edicto para la expulsion de los moriscos, y la poblacion proscrita se llevó tras sí el comercio, la agricultura y las artes. El consejo del beato Juan de Ribera pudo ser muy piadoso y muy justo, pero despobló la nacion y la dejó arruinada.

Contrastaba grandemente la guerra de armas en Italia con la guerra de intrigas en la corte. Allá se disputaba el ducado de Saboya; aquí el favoritismo del monarca. Allá Cárlos Manuel despedia al embajador de España é invadia el Milanesado; aquí el de Uceda suplantaba á su mismo padre el de Lerma en el favor del débil príncipe. Allá mediaba Luis XIII para ajustar un tratado en Pavía; aquí intervenia el padre Aliaga, confesor del rey, en los manejos de las privanzas palaciegas. Allá se formaban alianzas de príncipes italianos contra España y conjuraciones de españoles contra Venecia; aquí se fraguaban planes y se empleaban artificios para dominar en palacio. Allá se ganaba para España la Valtelina que habia de envolverla en nuevas complicaciones; aquí se ganaba el valimiento del monarca, que poseido por D. Rodrigo Calderon habia de llevarle con el tiempo, como á otro Don Alvaro de Luna, de las gradas del trono á los escalones del cadalso. Habian vuelto los tiempos de Juan II y de Enrique IV.

Y prosiguieron todavía. Porque á la privanza infausta de Lerma y Uceda con Felipe III sustituyó la no menos funesta de Olivares con Felipe IV.

Mas embaidor que político el Conde-Duque, alucinó al pueblo y fascinó al rey. El pueblo creyó en las ofertas de un bello programa, y se dejó engañar como un enfermo desesperado que acoge las palabras de un curandero. El rey era un niño, y se enamoró de un ministro que le hacia apellidar el *Grande* mucho antes de poder serlo. Cuando el pueblo reconoció su error, no pudiendo poner remedio se limitó á murmurar, que era lo único para que le habian dejado fuerzas los reinados anteriores: y el monarca que hubiera podido remediarlo, no lo conocia.

Felipe IV y la política de su privado trajeron á España males que aun lamenta, y compromisos de que no ha acabado de salir al cabo de dos siglos. Empeñados en engrandecer la casa de Austria, arruinaron la España. En la famosa guerra del imperio, llamada de los treinta años, no cesó Felipe de prodigar hombres y tesoros al emperador. Iban nuestros soldados á vencer en Praga, para ser vencidos despues en Estremoz y Villaviciosa. Triunfaban á quinientas leguas de distancia para dar á Fernando de Austria la corona de Bohemia, y cuando tuvieron que pelear dentro de España eran ya un ejército debilitado que dejaba perder el Portugal. Arrojaban del imperio al Elector Palatino y dominaban el Rhin, para no poder defender mas adelante las fronteras de Francia y tener que ceder el Rosellon. Luchaban con su acostumbrada bravura allá en Alsacia, en la Suabia y la Baviera, contra el rhingrave Othon, contra el landgrave de Hesse y contra el terrible Gustavo de Suecia; eran degollados en Oppenheim, triunfaban en Lutzen, perecian helados en los Alpes y ganaban laureles en Norlinga: sufrian reveses y alcanzaban triunfos en lejanas tierras y por ajenas causas; y cuando hubo necesidad de defender el reino, invadido por los vecinos ó alterado por los naturales, faltaron ya fuerzas para ello: habíase gastado la vida en climas y en empresas extrañas.

La guerra con Holanda, emprendida de nuevo al espirar la tregua de los doce años, hubiera podido justificarse si hubiera podido sostenerse. Pero á pesar del arrojo de nuestros soldados, que allí, como en todas partes, vencian y triunfaban, pero no dominaban; á pesar de los talentos militares de Espínola, de la proteccion del emperador, y de los refuerzos sacados de Alemania para atender á aquellos países, hubo de resignarse Felipe IV á reconocer definitivamente la independencia de la República, y á cederle las conquistas hechas en América y en la India. Triste resultado de ochenta años de lucha, tan dispendiosa en hombres como en dinero. La tregua de doce años habia sido el indicio de nuestra debilidad; el tratado de Westfalia lo fué de nuestra impotencia.

Cierto que fué una fatalidad el que se hubiera levantado contra España un genio tan activo, tan político y tan sagaz como el ministro de Luis XIII. No pudiendo sufrir el cardenal de Richelieu ni el engrandecimiento amenazador de la casa de Austria ni la arrogancia del gobierno español, dedicado á alentar á los que ya eran enemigos y á suscitar otros nuevos á los gabinetes de Madrid y de Viena, la política y las armas francesas encendieron la guerra donde estaba apagada, y avivároнla donde estaba ya encendida, y en tan general conflagracion no era posible que dejara sufrir la España grandes catástrofes. La nacion que tenia sus guerreros desparramados por toda Europa y por todos los mares vió su propio territorio invadido por ejércitos extraños. Los franceses se atrevieron á penetrar en Guipúzcoa y en Cataluña. No tenia Richelieu mejor auxiliar que la política del Conde-Duque. Parecia obrar de concierto.

Creciendo con los reveses del reino la altanería del valido, apuraba á un tiempo los recursos y la paciencia del pueblo. Estalló con explosion la mina del despecho en la provincia menos sufrida, en la mas celosa de sus fueros, y tambien la mas ofendida y hostigada. La insurreccion de Cataluña con sus terribles bandas de segadores, con sus horribles matanzas y sus venganzas sangrientas, fué un feliz acontecimiento para Richelieu y los franceses, y la imprudente política de Olivares convirtió en guerra larga y formal lo que hubiera podido ser un arranque momentáneo de enojo. Reprodujéronse las escenas de los tiempos de Juan II de Aragon, y aun fueron mas adelante, porque Luis XIII, nombrado conde de Barcelona, pudo llamarse algun tiempo rey de Francia y de Cataluña. Esta provincia volvió á ser española, pero el Rosellon y la Cerdaña allá se quedaron para no mas volver.

Todo era desastres. Portugal, oprimido y vejado, se levanta tambien, encuentra ocasion de sacudir la dependencia de Castilla, y la dominadora del orbe es impotente á evitar la desmembracion de una provincia suya. ¿Qué importa que no se reconozca todavía de derecho su independencia? La monarquía portuguesa renace con Juan IV con todas las condiciones de estabilidad. Emancípanse tambien sus colonias, y entre portugueses y holandeses nos hicieron perder medio mundo. Todos lo sabian menos el monarca español. Cuando Olivares le dijo que el duque de Braganza habia hecho la locura de coronarse rey de Portugal, lo cual era una fortuna, porque así sus bienes volverian al fisco, «pues disponerlo así,» le contestó Felipe; y continuó divirtiéndose.

Sicilia y Nápoles imitan tambien el ejemplo de Cataluña, y se sublevan contra la tiranía de los vireyes. En Palermo se erige un calderero en jefe del tumulto, y el gobernador se esconde en el sótano de un convento para evitar el furor de la muchedumbre amotinada que incendiaba las casas de los agentes del gobierno español. En Nápoles se proclamaba la república á la voz de un pescador; el duque de Arcos abraza primero á Masaniello en el balcon de su palacio para significar al pueblo que accede á todas sus peticiones; pero despues el conde de Oñate hace degollar hasta á los hijos de los que habian tomado parte en la insurreccion. Tampoco falta allí la intervencion de la Francia. Las revueltas se sosiegan y se restablece el órden; pero los sucesos mostraban cuán impopular y cuán flaca era la dominacion de los vireyes en aquellos países.

No cambió la suerte de España ni mejoró su fortuna con la muerte de Richelieu y con la de Luis XIII. A Richelieu sucede Mazzarini, cardenal como él y hechura suya, menos enérgico y violento, pero mas disimulado y astuto. Continuador de su política, sostiene la monarquía durante la regencia de la reina madre. Luis XIV comienza á anunciarse fatal para España desde la cuna con la victoria de Rocroy. Las guerras de la Fronda en Francia infunden aliento á los españoles; Turena y Condé ayudan con sus venganzas de rivalidad el ascendiente que á favor de las revueltas iba recobrando la España, pero todo lo deshace la mañosa política de Mazzarini. Cuando Felipe IV solicitó el auxilio del gran protector de Inglaterra, ya Mazzarini se le habia anticipado, y prefiriendo Cromwell la amistad de la Francia, se declara Inglaterra contra España, y coopera activamente á su ruina. La derrota de Dunes pone á Felipe IV en el caso de suscribir á la paz. Estipúlase el célebre tratado de los Pirineos. Conciértase en él el matrimonio de Luis XIV con la infanta María Teresa de España, y se ceden á Francia la Cerdaña y el Rosellon con muchas plazas fuertes de Flandes y de los Países Bajos. Triunfó la diestra política de Mazzarini sobre la del negociador por España. En una pequeña isla del Bidasoa se determinaron los destinos futuros de nuestra nacion. El tratado de la isla de los Faisanes contenia el gérmen de un cambio de dinastía. Aquellas capitulaciones matrimoniales habian de hacer de una España austriaca una España borbónica; y sin embargo, tal era el estado de las cosas que se aplaudió como una fortuna el tratado de los Pirineos.

Richelieu y Olivares representan la elevacion de Francia sobre el abatimiento de España. Aquel personifica la creacion de la monarquía absoluta francesa sobre la muerte de la vieja monarquía aristocrática: este simboliza la decadencia de la monarquía conquistadora de España, que habia reemplazado á la monarquía popular, y dado entrada á la monarquía de los grandes, de los favoritos, de los confesores y de las mujeres. Richelieu abrió el camino á Luis el Grande, y Olivares le preparó á Cárlos el Imbécil. Felipe IV con toda su indolencia tenia todavía elementos para haber sido mas que Luis XIII si en lugar de un Gaspar de Guzman hubiera contado con un Richelieu: y Luis XIII no era ni tan grande ni tan intrépido que sin un Richelieu no se hubiera quedado en menos de lo que fué Felipe IV.

Tres grandes transiciones políticas se verifican en esta época. La Inglaterra pasa á la libertad despues de sus guerras parlamentarias, últimas convulsiones de la arbitrariedad inglesa. La Francia corrió al despotismo de Luis XIV despues de las guerras de la Fronda, últimos esfuerzos de la independencia francesa. España entra en una impotencia miserable despues de la guerra universal del cuarto Felipe, últimos alientos de su antiguo colosal poder. Inglaterra libre y Francia absoluta se levantan sobre la España impotente que las dominó antes.

La adulacion habia aplicado el sobrenombre de *Grande* á un monarca que merecia solo el de piadoso y benigno. Cuando se vió que lo iba perdiendo todo, la lisonja halló un medio ingenioso de conservarle el dictado dándole por divisa un pozo con estas palabras: *Cuanto mas le quitan mas grande es.* Queriendo adularle, le hicieron un epigrama.

Apesadumbróle mucho la pérdida de Portugal y le aceleró la muerte. «Quiera Dios, le dijo al tiempo de morir á su hijo Cárlos, que seas mas afortunado que yo.» Pero Dios no lo quiso así, y el hijo fué mucho mas desdichado que el padre.

Faltan términos con que expresar el abatimiento á que vino la monarquía en el reinado de Cárlos II. Todo se conjuraba contra ella. Un rey de cuatro años, flaco de espíritu y enfermizo de cuerpo, una madre regente caprichosa y terca, toda austriaca y nada española, entregada á la direccion de un confesor aleman y jesuita, inquisidor general y ministro orgulloso; con un reino extenuado y un enemigo tan poderoso y

hábil como Luis XIV, ¿qué suerte podia esperar esta desventurada monarquía? Luis XIV apareció como el terrible vengador de Francisco I, y vino en ocasion en que no hubiera necesitado ser un héroe para invadir nuestras apartadas posesiones de Italia y Flandes, cuando Portugal habia tenido la audacia de venir á provocarnos dentro de nuestro propio territorio: y la nacion que se vió forzada á reconocer formalmente la independencia de Portugal, no es maravilla que perdiera en tres meses la mayor parte de la Flandes, y que viera al monarca francés hacer en quince dias la conquista del Franco Condado. Un ejército del vecino reino ocupaba parte de Cataluña; y Messina se levantaba al grito de ¡Viva la Francia! Los tratados de Aquisgran y de Nimega iban sumiendo á España en el abismo de la nulidad.

Habian cambiado los papeles de Europa, y la dominacion universal con que á principio del siglo XVI habian amenazado Cárlos V y la España, venia á fines del siglo XVII de parte de Luis XIV y la Francia. La Europa se llenó otra vez de pavor y asombro. Mas á pesar de la coalicion de Augsburgo para atajar las invasiones incesantes de la Francia, encubiertas bajo el insidioso nombre de pacificacion, y para conservar la integridad del imperio tal como le garantizaban los tratados de Westfalia, Nimega y Ratisbona, España no logró reconquistar las provincias perdidas en la guerra que se siguió, y hubo de sufrir nuevas invasiones, no obstante tener que luchar la Francia á un tiempo con Inglaterra, Holanda, Suecia, Saboya y el Imperio. Fuése rompiendo la liga, y á España alcanzaron sus mas fatales consecuencias.

No acostumbrado Luis XIV á la idea de ver la Europa conjurada contra un hombre solo, procuraba mañosamente desarmarla con capciosas paces y con tratados artificiosos, cuya supuesta infraccion le diera pretexto para nuevas declaraciones de guerra. El hombre que aparecia generoso, bombardeaba despues de un tratado de paz á Oudenarde, Génova, Alicante, Barcelona y Bruselas. Si en la paz de Riswich se prestó á restituir á España las conquistas hechas despues de la de Nimega, hízolo por contentar á los españoles para que se dejaran imponer un rey de su familia. Con la alegría de la paz olvidáronse las potencias del gran principio que las hiciera aliarse; olvido feliz para Luis XIV, y que todos los esfuerzos del Austria no alcanzaron á subsanar despues.

Mientras la monarquía se desmoronaba, la corte era un hervidero perenne de miserables intrigas palaciegas. El rey, la reina madre, Nithard, Valenzuela y Don Juan de Austria, daban abundante pasto á la murmuracion y á la maledicencia pública; y el pueblo, que presenciaba las miserias de la corte en medio de la ruina de la monarquía, parecia encontrar un desahogo á sus males en las sátiras, libelos y pasquines con que diariamente se le entretenia, denunciándole flaquezas que no ignoraba, mas viéndolas representadas bajo formas picantes y festivas, mostraba alegrarse de que le hicieran reir, á trueque de no llorar.

Aborreciendo á los sucesivos favoritos de la reina viuda, fijaba su cariño en Don Juan de Austria, que aparecia como el único capaz de dar vida al desfalleciente reino; y cuando se acercó á las puertas de Madrid, hubiérale tal vez aclamado rey sin reparar en que fuese hijo de una cómica, si él hubiera tenido mas audacia y mas altos pensamientos; pero contentóse con un destierro para el confesor y con un vireinato para sí. Cuando despues fué primer ministro, no correspondió el acierto del gobernador á la fama del guerrero. Don Juan perdió su popularidad, y murió desopinado despues de una administracion tempestuosa. Como si los nombres hubiesen sido necesarios para hacer mas palpable la decadencia de España de los primeros á los últimos príncipes austriacos, vino este Don Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV, á recordar con dolor las glorias del otro Don Juan de Austria, hijo bastardo de Cárlos I.

¡Cuánto habia degenerado esta familia de reyes! El biznieto de Felipe II, de aquel monarca que habia gobernado al mundo por sí solo, vióse alternativamente dominado por una madre, por un hermano, por dos esposas, por confesores, por camareras intrigantes y por magnates codiciosos. El que de niño habia tenido que ser llevado hasta los cinco años en brazos de una aya, no pudo de rey marchar nunca sin andadores.

A la desmembracion que de sus posesiones sufria por fuera agregábase dentro la penuria de la hacienda, que nunca á tan desdichada estrechez llegara. Era un mal heredado, que habia venido agravándose con las generaciones. Sucedíanse ministerios, discurríanse arbitrios, creábanse juntas magnas, imaginábanse expedientes, útiles algunos, injustos muchos, absurdos otros, ridículos y extravagantes los mas, eficaz ninguno. Pusieronse en venta los títulos de Castilla y las grandezas de España, y vióse á un simple curial sin mas categoría que la de paje, y al hijo de un maestro de obras y otros sujetos de la clase mas ínfima del pueblo, á los unos grandes de España, á los otros títulos de Castilla. Concibióse la idea de entregar al clero la administracion pública y de confiar la direccion de la hacienda, guerra y marina á los cabildos de Toledo, Sevilla y Málaga. El ejército de tierra apenas llegaria á veinte mil hombres mal disciplinados y casi desnudos, la marina á trece galeras de mal servicio, y la poblacion del reino á menos de seis millones de habitantes. Veíase languidecer, extinguirse á un tiempo la nacion y la dinastía reinante.

Sin esperanzas ni de sucesion ni de salud el monarca, litígase entre potencias extrañas la sucesion española, y por dos veces se reparten entre sí nuestro territorio como hacienda sin dueño. Mostróse Luis XIV en estos tratados de particion el negociador mas activo y el político mas astuto y mañero, pero tambien el menos fiel y el menos sincero aliado. En la misma corte de España bullian y se agitaban el partido francés y el partido austriaco, que prevalecian alternativamente segun las influencias que accidentalmente dominaban. El desgraciado monarca, hipocondriaco y enfermo, asediado y hostigado por todos, tímido, vacilante, irresoluto y zozobroso entre instigaciones y consejos, opuestas pretensiones, personales afectos y escrúpulos de conciencia, estrechado por embajadores, grandes, inquisidores, confesores, consejeros y ministros, no acertaba á resolverse á nombrar sucesor. La Europa entera pendia de sus labios, y Cárlos no pronunciaba. Representósele hechizado; muchos creyeron en el maleficio; él lo creyó tambien, y su confesor le exorcizaba con la fe mas cándida y mas pura. Consultábase á los teólogos, á los juristas, al pontífice; apelábase á las respuestas de las mujeres endemoniadas; y todos, hasta los malos espíritus, intervenian en el negocio de la sucesion á la corona de Castilla, menos las Córtes del reino, con las cuales no se contaba.

Firmó, por último, Cárlos en el lecho de muerte el documento que fijaba la disputada sucesion. Falleció á poco tiempo el atribulado monarca. Abrióse con toda solemnidad el codicilo. La política de Luis XIV habia triunfado. El elegido era su nieto el duque de Anjou. Felipe V de Borbon era el rey de España. La dinastía austriaca habia concluido.

Esta dinastía, como la antigua de los Trastamaras, habia pasado en dos siglos, como aquella, de la actividad mas vigorosa á la nulidad mas completa. Aun fué mayor la degeneracion de Cárlos I á Cárlos II, que de Enrique II á Enrique IV. No carece de exactitud ni de genio la pintura que de esta degradacion hace un ilustre escritor contemporáneo. «Cárlos V, dice, habia sido general y rey: Felipe II fué solo rey: Felipe III y Felipe IV no supieron ser reyes; y Cárlos II ni siquiera fué un hombre.»

Obstinada la dinastía austriaca en dominar la Europa, despobló la España, sacrificó sus hijos, agotó sus tesoros y ahogó sus libertades políticas.

Quiso abatir la Francia é imponerle un rey de su dinastía, y sufrió la ley providencial de la expiacion, siendo ella misma la que llamó á un príncipe francés á ocupar el trono de España. Y á tal extremo de desolacion habia venido nuestro pueblo, que hubieron los españoles de mirar como un bien el ser regidos por un príncipe extranjero, uno de los últimos recursos de los pueblos agobiados por los infortunios. Era el año 1700.

Si los reyes católicos hubieran resucitado, ¡cuántas lágrimas de amargura hubieran vertido sobre esta pobre España que dejaron tan floreciente y con tantos elementos de prosperidad! Si es que podian reconocer en la España de fines del siglo XVII la misma España que ellos legaron en principios del siglo XVI!

XIV

«Desde este instante ya no hay Pirineos.» La Europa alarmada recogió estas palabras fatídicas con que el gran Luis XIV apostrofó al nuevo monarca español al salir para España *con el superior beneplácito de su abuelo.* En siglo y medio no las ha olvidado, y en nuestros dias ha tenido ocasiones de recordarlas.

El tratado de los Pirineos produjo el testamento de Cárlos II. Habia en aquel una cláusula que se procuró hacer desaparecer en este. ¿Se invalidaba la renuncia de María Teresa al trono de España estipulada en las capitulaciones matrimoniales de los Pirineos, con la condicion de que no se reuniesen en una misma persona las coronas de Francia y España puesta en el testamento de Cárlos? ¿Cuál de las dos dinastías alegaba mejor derecho á la sucesion española, la rama austriaca ó la rama borbónica? ¿Cuál era mas conveniente á España? La cuestion de derecho y la cuestion de conveniencia las resolvieron la voluntad del rey y la voluntad de los españoles. Habia además para Europa la cuestion de forma. La política capciosa de Luis XIV habia desabrido al Austria y burlado á las potencias signatarias de los tratados de particion. La guerra, pues, era inevitable. Pero tenemos la conviccion de que cualquiera que hubiese sido el fallo de este gran litigio, se hubiera apelado de él al terrible tribunal de las campañas, que es donde por desgracia se fallan siempre en última instancia las querellas de los príncipes y los pleitos de las naciones.

Cuando estalló la guerra, halló á Luis XIV esperándola con arma al brazo, y cuando las primeras águilas imperiales penetraron en las posesiones españolas de Italia, encontraron al gallo francés despierto y vigilante y preparado á la pelea.

Francia y España luchan ahora solas contra la Europa confederada. Nuestra península se ve invadida por oriente y occidente. Las escuadras anglo-holandesas cruzan nuestros mares, cañonean nuestras plazas y destruyen nuestros escasos bajeles. Valencia, Aragon y Cataluña se levantan contra Felipe V, y proclaman al archiduque Cárlos de Austria. Estamos en plena guerra de sucesion.

España y Austria se encuentran guerreando entre sí, en expiacion de las faltas respectivas. Austria, que causó la ruina de España, envolviéndola en temerarias y costosas guerras exteriores, recoge ahora el fruto de su funesto sistema teniendo que lidiar con esos mismos españoles que han excluido su fatídica dinastía y defienden con las armas á un príncipe de la familia mas enemiga del imperio. España paga el error de haberse enflaquecido por robustecer la casa de Austria, y de haber antepuesto á su felicidad doméstica el brillo de las conquistas exteriores. Un Cárlos archiduque de Austria, rey de España, y emperador de Alemania despues, fué el que movió aquel desbordamiento de la España. Otro Cárlos archiduque de Austria, que tambien ha de ser emperador de Alemania, es el que trae ahora sus legiones á pelear dentro del territorio español en reclamacion de un trono de que ha sido excluido. Al cabo de dos siglos (¡tan lentas son las grandes lecciones de la historia, porque tan lento es el desarrollo de la vida de los pueblos!) Cárlos VI de Alemania se ve reducido al papel de pretendiente desairado al trono español por consecuencia de la política iniciada por Cárlos V de Alemania.

Parece imposible que en el estado de abandono, de desnudez y de miseria en que habia dejado Cárlos II el ejército, las plazas y el erario, pudieran los castellanos solos desenvolverse de tan cruda guerra, teniendo que combatir á un tiempo en levante y en poniente, contra ingleses, holandeses, portugueses y alemanes, y lo que es mas, contra catalanes, aragoneses y valencianos, distraidas las fuerzas de su única aliada la Francia, en el Rhin, en Italia y en los Países-Bajos. Y sin embargo, los triunfos de Almansa y de Villaviciosa hicieron ver á la Europa conjurada cómo sabian sostener los castellanos con las armas al monarca á quien una vez juraran fidelidad. Ayudáronlos Berwich y Vendome. Cien banderas cogidas á los aliados en Almansa fueron á adornar las bóvedas del templo de Nuestra Señora de Atocha. Felipe V y los castellanos vencian: peor estrella alumbraba á Luis XIV y la Francia. España se rejuvenecia con su jóven rey: Francia declinaba con su viejo monarca, á quien faltaban á un tiempo el vigor y la fortuna. Era una casa fallida que se iba sosteniendo, aunque mal, con el antiguo crédito.

Los tratados de Utrech pusieron término á la sangrienta guerra de sucesion, y aseguraron en el trono de España la dinastía de los Borbones, renunciando Felipe V sus derechos eventuales á la corona de Francia, y haciéndolo á su vez los príncipes franceses de los que pudieran tener al trono español, de modo que nunca pudieran unirse ambas coronas. Solo no se adhieren á los tratados Austria y Cataluña. Austria no cede un punto de sus pretensiones, y Cataluña prefiere erigirse en república á reconocer la autoridad de Felipe de Borbon: arranque de energía, que no fué sino un testimonio mas del genio impetuoso de los naturales de aquel suelo, pero que costó á Cataluña la pérdida de sus amadas libertades, como ya le habia costado á Valencia y Aragon.

No se compró la paz de Utrech sin costosos sacrificios. Inglaterra no quiso soltar sus presas de Gibraltar y Menorca; y cediendo España la Sicilia, Nápoles y Cerdeña, fué borrada del catálogo de las potencias de primer órden. La Gran Bretaña se propuso mantener el equilibrio europeo agrandando las naciones pequeñas, y dióse Sicilia á la casa de Saboya con derechos á la corona de España en el caso de extinguirse la línea de Felipe V. Hiciéronse otros repartimientos que alteraron la faz de Europa.

Con el advenimiento del nieto de Luis XIV al trono español supúsose desde luego que el gabinete de Madrid giraria dentro de la órbita que le designara el de Versalles. Mirábase al de España como un satélite del gran planeta, y entonces no era una calumnia, era una verdad y una consecuencia. El monarca francés surtia de confesores al rey de España, de camareras á la reina, y de administradores á la nacion. Los embajadores franceses obraban como ministros españoles, y los ministros españoles eran como embajadores franceses. Felipe sin embargo se identificó pronto con su patria adoptiva; juró muchas veces vivir y morir con sus amados españoles, y lo cumplió. Cuando Luis XIV, acobardado por los reveses, le propuso firmar con las potencias aliadas un tratado ominoso á España y á sus derechos, dirigia á su abuelo estas enérgicas y sentidas palabras: «Ya que Dios ciñó mis sienes con la corona de España, la conservaré y defenderé mientras me quede en las venas una gota de sangre: es un deber que me imponen mi conciencia, mi honor, y el amor que á mis súbditos profeso... Con la vida solamente me separaré de España, y sin comparacion preferiré morir disputando el terreno palmo á palmo al frente de mis tropas á tomar un partido que empañe el lustre de nuestra casa...»

Aquí Felipe no es ya el príncipe francés, sino el monarca español. No es ya el jóven tímido é inexperto que inclina humilde la frente á los mandamientos de un abuelo preceptuoso, sino un rey celoso de la honra de su reino y de su trono, que da lecciones de enérgica entereza á un anciano á quien abandona el vigor asustado por los contratiempos. Felipe V se atrevió á decir: «Aun habrá Pirineos.» Y los hubo. Por eso no le faltó nunca el cariño del pueblo castellano; y este admirable concierto entre el pueblo y el monarca fué el que produjo aquellos recíprocos esfuerzos que salvaron la monarquía, aunque con pérdidas dolorosas.

Y, sin embargo, este príncipe que tan español se habia hecho y que tanto debia á los castellanos, se acuerda una vez de que es francés, y altera la antigua ley de sucesion á la corona de Castilla. El que debia su trono á una mujer, priva á las hembras del derecho de sucesion en el trono, y establece á disgusto de la nacion la ley Sálica poco modificada. Innovacion fatal, que al cabo de ciento y veinte años habia de ser invocada por un descendiente suyo para pretender suplantar á la reina legítima, y que aunque revocada por otro monarca y por las Córtes del reino no ha podido esta nacion libertarse de sufrir las calamidades y estragos de una guerra civil.